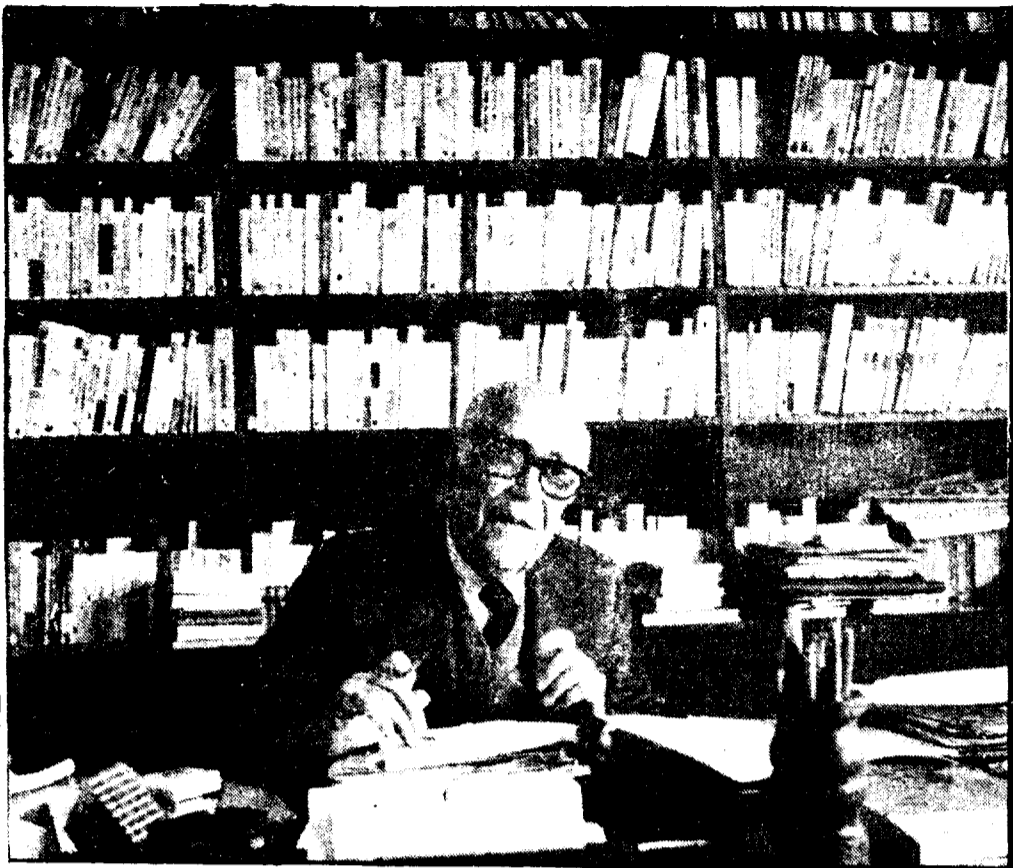


“no hay tal crisis del libro en México”

antonio marimón



Sentado tras un escritorio de madera de Taxco, en un despacho cuya terraza mira a los terrenos descampados de Copilco que circundan la CU, se encuentra un personaje de leyenda. Desde allí, Arnaldo Orfila Reynal dirige férreamente los destinos de Siglo XXI Editores. Cuando alguna vez se haga la historia cultural de este continente, sin duda Orfila Reynal marcará un capítulo. Como se sabe, durante 17 años este argentino que vino por primera vez a México en 1921, como delegado del movimiento de la Reforma Universitaria, dirigió los destinos del Fondo de Cultura Económica. Y, como también se sabe, fue expulsado del Fondo en 1966 por el diazordacismo, luego de haber hecho en esa casa editora paraestatal una labor extraordinaria. Entonces, el 13 de mayo de 1966, fundó Siglo XXI, apoyado por lo mejor de la intelectualidad mexicana independiente; él dijo en esos días, en un reportaje que le hizo Huberto Batis (Suplemento de *El Herald*, 2 de octubre de 1966) que esta nueva empresa sería “una editorial liberal de centro izquierda”. Durante varios años Siglo XXI funcionó en la casa de Elena Poniatowska, como un símbolo del apoyo de los escritores a Orfila y — como a él le gusta decir — su “obra”. Sin duda, la lectura textual e histórica de esa obra — de ese inmenso corpus de libros — marca una huella en la vida ideológica latinoamericana. Y, por otro lado, por la experiencia de Orfila Reynal atraviesan, como un escenario, personajes no menos legendarios que él: desde Alejandro Korn, de quien fue alumno, a Evar Méndez en los años de la vanguardia rioplatense; desde Victoria Ocampo a Martínez Estrada; desde Alfonso Reyes a Daniel Cosío Villegas; desde Ernesto Guevara a Michel Foucault, a quien se apresuró a editar cuando, con su inigualable olfato, comprendió que marcaría una corriente en el pensamiento contemporáneo. Orfila Reynal platicó con el reportero en su despacho; vestía traje de lana, camisa bordada y corbata de moño a lunares. En el transcurso de la conversación fumó un par de cigarrillos rubios colombianos y tomó un café: claro, lo de rutina en una jornada de trabajo. Y con sus anteojos de grueso armazón, su voz nítida, sus modos enérgicos, parecía una rara mezcla de hombre actual y de político salido de un ícono de hace 30 o 40 años. Quien lea esta entrevista comprenderá asimismo que el “viejo león” — como lo llamó Batis hace casi 13 años — sigue rugiendo.

—¿Se puede hablar de una crisis en la industria editorial mexicana?

Orfila Reynal: —“No hay tal crisis del libro en México si juzgo a través de nuestro trabajo. Iniciamos nuestra tarea hace 13 años. Nuestro proceso ha sido de ascenso y crecimiento. Vale decir, hemos sobrellevado el proceso tal cual yo lo planeé al iniciarnos. Comenzamos con 12 o 13 colecciones; hoy tenemos 22. Nuestra presencia en el mundo cultural mexicano, latinoamericano y español se ha fortalecido y extendido año con año. No es ésta una frase sino un dato: comenzamos haciendo 21 ediciones el primer año, y en 1978 hemos completado 358 ediciones con 80 primeras y 278 reediciones. No podemos hablar de crisis cuando al observar la última información contable —justamente hoy me la trajeron— veo que en nuestra bodega hay sólo un 5.5% de libros con una edad mayor de tres años. El 90% de los títulos publicados hasta 1977 han sido reeditados; de algunos llevamos efectuadas 38 reediciones, otros tienen 25 y otros más 10, 15 y 20 reediciones. En algunos casos

son libros de ciencias humanas que cumplen un servicio cultural en los estudios universitarios. Pero hay otras colecciones para lectores generales donde también se agotan ediciones con rapidez inusitada.

“Estos números no se los doy con intención de propaganda, sino para dar base a mi afirmación primera: no hay crisis del libro en México. Nuestras ventas en 1978 aumentaron un 32% con respecto a 1977, y de este volumen total se produce el 58% en México y el 42% en el exterior. No hay tampoco crisis de creación o de trabajo intelectual, pues en nuestro caso la preocupación, casi angustia, es el exceso de ofrecimientos de materiales de gran calidad que nos llegan de escritores mexicanos o latinoamericanos.

“Se dicen cosas muy vagas e inexactas con respecto al libro. Hasta la Cámara de la Industria Editorial informó oficialmente que en el país hay 250 o 270 librerías, pero Siglo XXI tiene relación con 588 librerías en las que no están incluidas las que se surten directamente con grandes distribuidores. Se dice que en México, por su atraso cultural, el libro se vende mal y las ediciones son pequeñas. No es cierto. Acabo de regresar de un viaje por Europa en el que conversé con viejos amigos. Ca-

sas como Gallimard o Maspero, Einaudi o Feltrinelli, Thames and Hudson y muchas más me confirmaron la información que yo tenía: sus ediciones normales son de 4 o 5 mil ejemplares, salvo los casos de títulos sobresalientes. Hay otra característica: los europeos y americanos reeditan con excesiva prudencia, técnica que en nuestro caso se corrige con éxito.

“Me viene al caso hacer un comentario sobre más opiniones absurdas. La UNAM, en el número 108 de sus cuadernos llamados *Deslinde* difunde las opiniones del profesor Jaime Antonio Villegas, responsable de la Distribuidora de Libros Universitarios. Las afirmaciones que allí se vierten son incorrectas y ofensivas para la industria editorial privada de México. Diría que esas opiniones son hasta mentirosas. El autor dice que en una plática con el rector de la Universidad de Burdeos, Robert Scarpit, que es mi amigo, le explicó cómo aquí no es posible lo que en Francia, donde —según él— existiendo “universidades privadas de insuperable prestigio, las universidades no necesitan ser editoras”, mientras que en México la industria editorial privada tiene tan bajo nivel que la Universidad debe venir en auxilio de la cultura para difundir libros de calidad. Apoyándose en disparates técnicos e información falsa, presenta a la editorial de la UNAM como la salvadora de la cultura en México.

“Me permito esta digresión porque todos sabemos que los profesores e investigadores de la UNAM no quieren que ésta reciba sus originales, pues saben que han de quedar en archivo por muchos meses, y que cuando se impriman quedarán en bodegas los libros. Hace muchos años, cuando era rector el doctor Chávez, las autoridades universitarias vinieron a verme para que les ayudara a solucionar el problema de la distribución de los libros universitarios. Me acuerdo también de la divertida plática que, hace como diez años, nos hizo a mi esposa y a mi Huberto Batis sobre sus increíbles experiencias en la Imprenta y Librería de la UNAM. Y diez años después veo que todo sigue igual. Y es falsa la afirmación de Villegas de que los precios de las ediciones de la UNAM sean muy inferiores a los de la industria privada: para desmentirlo basta ver el catálogo.

“Ultimamente, en que los buenos periódicos de México se han preocupado por la situación del libro, se han dicho muchas falsedades y tonterías. Sería importante que la UNAM, con sus 10 mil millones de subsidio, pudiera cumplir una buena labor editorial. Afirmo que no la cumple... ¡pero la podría cumplir!”

—¿Cómo repercute la situación político-social del continente en la labor de Siglo XXI?

Orfila Reynal: —“Le diría que tiene influencia en doble sentido. Creo que la crisis social y política de América, de una parte, ha estimulado la preocupación de estudiar e investigar las causas en los intelectuales y escritores, para enfrentarse a una realidad que, indudablemente, presenta caracteres más dramáticos que los de hace una década, por ejemplo. Estas crisis sociales, políticas y económicas que azotan a todos nuestros pueblos americanos están siendo estudiadas, examinadas por el mundo de la investigación y el trabajo intelectual.

“El efecto negativo se presenta en la reacción violenta de los regímenes políticos predominantes en América, que en muchos casos han considerado al libro un instrumento de subversión. Hemos sido castigados en varios países del continente y nuestro material de estudio ha visto prohibido el ingreso en los que antes eran de los principales centros culturales latinoamericanos. Por eso la lectura en el continente ha sufrido —puede decirse— un gran golpe; pero, en cambio, el mismo dramatismo de la situación estimula la búsqueda de obras que puedan aclarar ideas y descubrir caminos para el futuro.”

—¿Cuál es el secreto, o mejor dicho la razón por la cual usted ha sido organizador de empresas editoriales de éxito?

Orfila Reynal: —“Tengo que hablar en lo personal: es resultado de una vocación muy profunda. Ya de joven, de muchacho, me preocupé por la trascendencia social de la cultura. Aunque sea anécdota personal diré que fui de los 30 iniciadores de la Reforma Universitaria de Córdoba, en Argentina, aunque esto me haga descubrir la altura de mi edad. Yo vine a México en 1921, para el Congreso Internacional de Estudiantes, y entonces se creó un vínculo con Daniel Cosío Villegas, uno de los fundadores del Fondo de Cultura Económica.

Agrego que desde la escuela secundaria fundé revistas culturales de distinto signo, en La Plata fundé una universidad popular en la que dieron cursos Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, y siempre estuvo en mí la intención por hacer trascender la cultura a ámbitos extraños a los grandes centros universitarios o académicos.

“No es extraño, entonces, que a mitad de mi ruta abandonase mi carrera universitaria y me dedicara exclusivamente a otra labor, la de extensión cultural y de difundir libros. A esto se debe, cuando me permitieron el enorme lujo de dirigir el Fondo de Cultura Económica, que tuviera los instrumentos personales —casi diría orgánicos— para iniciar y expandir esa obra ya iniciada 14 años antes de mi llegada. Y debo decir: creada por grandes maestros e intelectuales mexicanos. Entonces, gracias a esa formación pudo hacerse, en mis 17 años en el Fondo, una proyección y expansión de la obra editorial muy grande. Tal vez me ayudó, y me ayuda, mi gran preocupación por el mundo latinoamericano, y supe y pude hacer que una obra que pudiera ser nacional se proyectara como centro continental. Agrego que también hace falta una concepción muy sobria en la organización del trabajo, en el manejo económico y financiero de las empresas, en la imposición de normas estrictas. Y una obsesión: creer que la corrupción en todos los aspectos —económico, social, mental— es la enemiga de cualquier obra creadora.”

—Si usted tuviera que hacer un balance de su experiencia de editor ¿qué etapa le resultaría más valiosa: la del Fondo o la de Siglo XXI?

Orfila Reynal: —“Quizás sea por egolatría, pero la del Siglo XXI. Porque en este caso la naturaleza misma de la organización me permitió cumplir una obra más personal. Me decían, en la época en que se fundó Siglo XXI, que estaba en una edad avanzada para empezar una cosa nueva. Pero tal vez pocos sepan que éste es un factor de segunda cuando hay estímulos morales, sociales y emotivos para cumplir una obra, motivos tan poderosos como los que yo tuve en esa época. Pude organizar, planear y poner en marcha esto como quise, pues los 500 accionistas-colaboradores que lo hicieron posible me dieron la satisfacción de dejarme en plena libertad para construir y desarrollar la organización. Supe elegir mis colaboradores. Fueron cuatro o cinco en mi primer año; ahora esos primeros continúan conmigo y en total son unos 80 los colaboradores que permiten seguir, en forma decuplicada, la marcha de esta empresa.

“¿Por qué voy a negar que entre mis habilidades cuenta la de saber rodearme de colaboradores capaces, inteligentes y honrados? Yo creo que así está contestado este misterioso tema.

—¿Por qué las ciencias sociales son el eje de la línea editorial de Siglo XXI?

Orfila Reynal: —“Es que esta empresa nació en una década, la de los 60, en que muchos factores —uno fundamental que yo señalo siempre es la Revolución Cubana dieron una fisonomía especial a América. La vida política, social y económica estaba en cuestión, y también en Europa. Entonces, se imponía esta línea de acción editorial, y la realidad histórica del continente es lo que me inspiró a seguir.”

—Si usted dirigiera la política cultural en México ¿qué haría?

Orfila Reynal: —“Yo creo que, desde el punto de vista oficial, una tarea urgente es organizar y estimular las editoriales que son del Estado con un criterio técnico y cultural más realista. En ese sentido, racionalizar lo que hay y eliminar la burocracia son cosas imprescindibles. Desde otro punto de vista, es indudable que el Estado mexicano estimula a la industria editorial desgravándola de varios impuestos; y en nuestro caso, por exportar casi la mitad de nuestra producción, hay estímulos fiscales y facilidades bancarias que hacen más fluido el trabajo.”

—Las condiciones de competencia del libro mexicano en el mercado internacional ¿cómo las definiría usted?

Orfila Reynal: —“Las definiría como buenas. Con el libro español, en precio estamos mejor nosotros, y en calidad no veo diferencias. Y con la disminución de la producción argentina, México tiene excelentes perspectivas inmediatas para ubicar su producción editorial.”